

EL EVANGELIO DE LA ESPADA O EL EVANGELIO DE LA PAZ



Dice un proverbio chino: Si hay justicia en el corazón, habrá belleza en la personalidad, si hay belleza en la personalidad habrá armonía en el hogar, si hay armonía en el hogar, habrá orden en la nación, y si hay orden en la nación, habrá paz en el mundo.

En estas palabras del lejano oriente hay mucha sabiduría. No es una casualidad que el pensamiento aquel de ese proverbio comience con la justicia. De ninguna manera. Pues la justicia es el principio de todo orden dentro del hombre. ¿Quién podrá interpretar qué es justicia? Hay tantos movimientos socio-políticos, tantas escuelas de filosofía, tantas religiones. Y todos anuncian su tipo de justicia. Pero vemos que, no obstante este tremendo esfuerzo del hombre, no hay justicia.

La justicia puede interpretarse solamente a la luz de la palabra de Dios, pues no hay otro modelo que se le iguale. Podemos dar vueltas a la moneda cuantas veces queramos; no habrá cambio alguno. Sólo Dios podrá darnos una clara enseñanza. Y me permito comenzar a partir de un hecho real.

Cuando España se lanzó a conquistar las tierras americanas sólo hubo un grito que hizo temblar las llanuras así como los majestuosos Andes: “Para Dios y España”. Y con este pensamiento propio de aquella época oscura en el pensar religioso español, se implantó, con bárbara violencia, el evangelio de la paz con la brutalidad de la espada. Fieros y valientes eran aquellos hombres que colocaron la cruz, y cortaron cabezas, que predicaban la llegada de la luz a los bárbaros, imponiendo fuego y mortandad.

Pienso que el hombre no ha cambiado en nada. Ni tampoco estoy haciendo aquí una acusación contra la España de entonces. No, señor. Pues el ser humano es siempre igual. Los unos lo hacen de ésta, y los otros de aquella manera.

Pedro era uno de los doce. Era un hombre de paz. Conocía la enseñanza de Jesús. La situación en la cual se desarrolló su reacción pudo haber contribuido a su expresión. Dio rienda suelta a lo que había verdaderamente dentro de él. “Pero uno de los que estaban con Jesús, extendiendo la mano, sacó su espada, e hiriendo...” Jesús le dijo: “Vuelve tu espada a tu lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán” (Mateo 26:51-52; Juan 18:2-11).

Frecuentemente me pregunta la gente que si es licito rendir servicio militar a su patria. La respuesta, a veces, parece salir con dificultoso palabreo, pero los argumentos a favor de la espada son aun más dificiles. Muchas naciones obligan a sus gentes a rendir servicio militar obligatorio sin excepción alguna. Otros países tienen una constitución más flexible y justa y permiten a los que tienen que servir en el ejército, a elegir por razones de conciencia, entre las armas y un servicio civil de la misma curación, pero sin el entrenamiento con armas.

Yo pienso que toda constitución de todo país sobre la tierra debería dar a sus ciudadanos la libre elección, que esto sería realmente democrático, entre servir bajo armas o poder rechazar las armas.

Este es un tema muy discutido y no terminaríamos jamás si nos pusiéramos a disputar el pro y el contra. Conozco todos los argumentos y contra-argumentos. Sé que muchos se infiltran entre los “apacibles” por razones diversas. Conozco el mito de la patria y el honor. Dejo a libertad del lector el disputar con o sin violencia. Me limito simplemente a dar mi humilde opinión alegraría muchísimo si uno más podría, por ello, deponer la espada de la violencia y tomar la espada del Espíritu.

Cristo enseña que lo que hay dentro del hombre, esto es lo que le mancha y le hace impuro. Y que todo lo que hay en el corazón de malo, le obliga a hacer obras malas, violencia, brutalidad, crimen, derramamiento de sangre (Marcos 7:18-23). El apóstol Pablo añade: “Y manifiestas son las obras de la carne... enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, envidias... acerca de las cuales os amonesto que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios” (Gálatas 5:19-26).



Pido al lector que por favor, no me confunda con los del movimiento de paz en todo el mundo, pues aún no he detectado quien está detrás de todo. Me parece absurdo protestar contra el morir envenenado por una explosión atómica, cuando la otra muerte por una bala o una bayoneta no es más bella que la primera. Lo que quisiera ver en cada hombre y mujer es un legítimo sentir por la paz y el entendimiento entre todas las naciones; algo que podría sobreponerse a las rancias ideas de los políticos en todas las latitudes.

Es cierto que Cristo implantó el sistema de respeto a la autoridad y a los gobernantes. Y cada cristiano fiel obedecerá. Cuando éstos ahora ordenan guerra, no importa con qué color la pintan y cómo la dramatizan, ¿debo ir o debo rechazarlo? Pedro y Juan estuvieron en una situación análoga en la cual requerían una decisión inmediata. Ellos dijeron: “Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios” (Hechos 4:19). He aquí un principio aplicable a todas las situaciones difíciles a resolverse.

Dios dijo “no matarás”. El hombre dice “sí matarás”. ¿Qué hará el hombre de conciencia cristiana? ¿Obedecer a Dios primero o llevar la consecuencia de su desobediencia a Dios?

Me dirás: “¿Y el castigo de los hombres?” Y te diré, “¿y la ira de Dios?” Lo que este mundo necesita son hombres cabales e íntegros, hombres con principios.

Sé que en muchas naciones no hay posibilidad de elección. Y el entrenamiento con armas, no es aun matar. Pero será necesario que en tu corazón establezcas claramente los principios según los cuales deseas vivir: el evangelio de la paz, o el evangelio de la espada. Hechos y no palabras.

Estoy plenamente a favor de todo sistema de orden y obediencia a las autoridades superiores y magistrados (Romanos 13:1-7). Pero no veo en ninguna parte del evangelio texto alguno que justifique el matar como soldado a uno de mis hermanos de la raza humana de otro pueblo, simplemente porque alguien desea pensar por mí e implantar una dictadura en este caso específico. Tampoco hago aquí un llamado a la insurrección. Lejos de eso. Pero invito a todo ser humano cabal que quiera servir a Cristo con corazón limpio a que se haga un hacedor de paz verdadero. Hay demasiados hombres en este mundo que dicen paz cuando sus lenguas atruenan la tierra con ira, robo y violencia, pisando el derecho de los miserables bajo cualquier pretexto altisonante. Y pienso que, si el hombre es apacible por adentro, y esta cualidad de paz haya nacido del poder de lo alto, entonces no habrá más ganas de jugar a soldaditos patrióticos que honran al hombre, y deshonran a Dios.